

JOSÉ MARÍA MANRIQUE

Tema: "Influencia de Venezuela en
la América meridional"
18 de febrero de 1906

Señores:

La gratitud por la honra altísima que me dispensáis al brindarme con un puesto entre vosotros, me obliga a manifestaros desde luego, que ella constituye para mí deuda que jamás creería satisfecha del todo, por grandes que fuesen mis esfuerzos, encaminados a corresponder a la distinción en que habéis querido favorecerme.

Me habéis llamado a ocupar sillón que glorificó varón preclaro, sabio de justa nombradía, literato de profundos conocimientos, cuya existencia dedicada a la labor patriótica, fue opulenta en merecimiento, por los atinados servicios que prestó al país, el cual siempre echará de menos, en sus Oficinas de Relaciones Exteriores, al incansable director, al discreto diplomático, que unió su nombre al de los que afrontaron casi todos los conflictos internacionales acontecidos en los que fueron para él últimos años; asuntos en los que manifestó exquisito tacto, experiencia, vasto saber, y a cuyas soluciones contribuyó no poco con atinados consejos, apropiada tolerancia y rica acumulación de antecedentes siempre oportunos, de que se socorría, gracias a su maravillosa memoria.

El Doctor Rafael Seijas, a quien aún lloran la patria y las letras, fue de esos varones que se deslizan por las quiebras de la existencia, sin meter ruido, y que solicitan las penumbras para no llamar la atención; pero que cumplen a maravilla tarea trascendental, en la que se hacen indispensables de manera que, cuando desaparecen para siempre en las tinieblas del sepulcro, dejan en la tierra vacío difícil de llenar, y tan grande que apenas si se explica cómo pudo producirlo quien parecía ocupar en la vida lugar por demás estrecho.

No era por cierto al que habla a quien tocaba la honra de reemplazar al honorable maestro. Vosotros disteis por sucesor al insigne Eduardo Calcaño; y ya se deja ver cuan honrosa era para el Doctor Seijas o para su memoria, la elección de semejante sustituto.

Pero ¡ah! no lo quiso Dios; y el prodigioso ingenio, gloria de América, se reclinó en el último lecho antes de tomar posesión del puesto con que le brindasteis y había aceptado.

Sí, murió Eduardo Calcaño, murió dos veces; y todavía no podemos persuadirnos de que nos haya abandonado para siempre. Dos veces dije, porque los oradores como Calcaño, cuando desaparecen, mueren con ellos el hombre y el artista. Se diría que hay en ellos dos seres.

Como escritor brillante y delicado, él sigue viviendo en sus obras. Bastarían "La Balanza" y "El Telescopio", creaciones primorosas en verdad, para poder elevarnos con él hasta los ideales excelsos que lo guiaron en los campos de las bellas letras.

Sus atinados trabajos, sus escritos de propaganda y de combate, no permitirán que muera del todo Calcaño periodista, siempre discreto y elegante siempre; y en ellos podemos todavía contemplarlo, esgrimiendo la pluma de continuo, galana y enérgica, fácil o intrépida, como arma formidable.

Sus creaciones musicales, en las que se transparentan casi siempre nobles sentimientos, y que parecen escritas con pedazos de su corazón, sensible como el del niño, grande como el del héroe, nos quedan ahí, para vivir con él en las ondas de dulcísimas melodías, siempre frescas, tiernas, misteriosas y melancólicas, de que abundan sus

obras; melodías que se aposentan en el alma como deidades benefactoras. Asimismo tenemos sus cantos místicos, majestuosos, severos, pero apacibles y tiernos, que, al evocarlos, producen en el mundo de los recuerdos, una como segunda existencia en la cual hallamos al amigo querido, y al artista, y lo admiramos y aplaudimos.

Pero, del orador, del soberano de la tribuna, ¿qué nos queda?

Los discursos escritos... Es verdad; pero hay tanta distancia de leerlos a oírlos pronunciados, como la que existe entre la línea tortuosa que en los mapas, indica los ríos caudalosos, y los ríos mismos.

¿Qué daría allí idea de las ondas, de los raudales, de las orillas, de los rumores, de las tempestades de esos ríos?

Nada, absolutamente nada.

Lo mismo acontece con esas oraciones mudas, cuerpos sin alma y sin movimiento, sin colorido y sin vida.

¿Cómo darse cuenta exacta de lo que constituía el espíritu o la vida de esas creaciones de Calcaño?

Nos parece aún contemplarlo cuando se dirigía con paso inseguro hacia la tribuna. Pálido el rostro, conmovido, nervioso, vacilante llegaba hasta allí; pero al subir, tomaba posesión de ella como rey de su trono. Alza la frente con noble altivez; recorre con mirada serena al auditorio, se transforma, parece crecer, magnifica el semblante, y sin abrir los labios todavía, ya centellea su elocuencia. La voz, grave y pausada, va desenvolviéndose de instante en instante como los preludios de misterioso instrumento. Ya fluyen de sus labios como aguas murmuradoras de fuente inagotable, las primeras frases, y la voz va exhibiendo matices variados que dan colorido y vida a las palabras; ora arrulla como canto delicioso; ya truena como voz de profeta airado; luego resuena como clarín de guerra que exalta el entusiasmo, o modula acentos dulces que semejan sonrisas habladas.

Sus manos, de las cuales se diría que empuñan misterioso resorte o hilos que van a atar todos los ánimos, cuando se elevan, o cuando vibran, comunican a las palabras inexplicable expresión, que conmueve tiránicamente al auditorio. Los ademanes de Calcaño en la tribuna poseen especial elocuencia.

Todo habla en él entonces: la expresión del rostro, las miradas, las sonrisas, la frente, las manos, el ademán, los movimientos.

¿Dónde se manifiesta mejor esa elocuencia? En todo eso reunido, vivo, palpitante y en acción.

Y la elocuencia es de tal manera subyugadora, que arranca aplausos a los admiradores del Orador, y también a sus *rivales*; a los que lo estiman, y a los que lo *detestan*. Es tal su poder, que el auditorio aplaude lo que aprueba, y lo que condena también, porque la elocuencia de Calcaño no está en sus palabras, sino en su palabra. ¿De qué manera podrán figurarse las nuevas generaciones lo que fue Eduardo Calcaño como orador?

Quien no lo contempló en la tribuna, dominando como soberano al auditorio, no puede tener idea exacta de su elocuencia. Para mí, confieso, que él realizaba el bello ideal del orador, y fue él quien desde la tribuna, fulgurante y magnífico, me hizo concebir lo que serían Mirabeau, Cicerón y Demóstenes.

Poco o nada queda a la posteridad del insigne ingenio, artista de la palabra, maestro de la elocuencia, sino su nombradía, puesto que hasta los recuerdos donde aún vive en parte, desaparecerán junto con los contemporáneos que le oyeron. ¡Ved ahí por qué dije que Calcaño murió dos veces!

Tal era el hombre que debía ocupar el puesto dejado vacante por el Doctor Seijas. La elección de Calcaño os honra por demás, señores Académicos; y como en lugar de su

voz de Sirena, escucháis hoy la mía desmayada y áspera, he querido, al evocar el recuerdo de sus triunfos, perderme, pasar inadvertido en la conmoción que él debe producir en vosotros, que oísteis y admirasteis al gran orador.

Rendido este justo tributo a la memoria de mis ilustres predecesores, acompañadme, señores Académicos, por campos menos tristes que los campos de la muerte.

Naciones hay que, como los grandes hombres, parecen predestinadas para llevar a término tarea trascendental en la vida de los pueblos. Venezuela, situada geográficamente, pudiera decirse, para servir como de pórtico a la América meridional; por ser la comarca más próxima a la Europa y hallarse a corta distancia de los Estados Unidos del Norte; que lleva como en su regazo al mar Caribe y a las Antillas; con magníficos puertos en sus dilatadas costas de mares siempre bonancibles, y que en sus caudalosos ríos tiene los medios de comunicarse un día, por vías fluviales, con todas las Naciones de la América del Sur, posee, en verdad, ventajas evidentes que parecen reservarle altos destinos y ofrecerle porvenir halagüeño.

Si así lo juzgó la madre Patria, no pudo o no creyó oportuno dedicarle especial atención; y apenas si durante la época colonial, alcanzó Venezuela ineficaces favores de un progreso limitado, y escasos beneficios de administraciones inexpertas, no inspiradas por el interés y el entusiasmo que hicieron de México y el Perú, Colonias prósperas, verdaderos emporios, Virreinos poderosos y fuertes, ricos y civilizados.

La Capitanía General de Venezuela permaneció medio olvidada en las penumbras de triste medianía. Sus puertos estaban desiertos y sus mejores poblaciones eran más bien aldeas que ciudades. El progreso no había logrado extender sus luminosas redes por los campos de tan dilatadas comarcas, y la civilización apenas sí había encendido sus antorchas en cierta clase social de las ciudades más populosas, y esto mismo de manera restringida y con tímida iniciativa.

La sociedad dormitaba en una especie de sopor, ajena casi en absoluto a las agitaciones de las luchas civiles, y a las lides intelectuales y conmociones de la vida política.

Pudiera tal vez afirmarse que la historia de Venezuela tiene origen, comienza propiamente, junto con la historia de sus proezas y de las heroicidades y sacrificios que llevó a cabo, desde el día en que comenzó, de manera tan osada, la labor de la independencia de la América del Sur. Pocos sucesos importantes hay que referir de la época que vivió vida colonial. Más que vida civil, fue sueño letárgico, tranquilo y apacible, es verdad; existencia patriarcal, pero durante la cual Venezuela permaneció, como cumplía a Colonia sin importancia mayor, alejada del movimiento civilizador de las naciones, y sin participar casi del progreso y prosperidad de otras Colonias Americanas.

Y sin embargo, fue allí, en tan modesto país, olvidado por oscuro y desconocido, donde la libertad encontró los primeros apóstoles en la América del Sur; allí, en la desdeñada comarca, donde saltó la chispa de la idea redentora que, a poco andar, se cambió en antorcha, cuyos resplandores iluminaron medio Continente, haciendo de la independencia la aspiración general; chispa que también encendió la hoguera donde se consumió el poder colonial, y se ofrecieron antes en holocausto tantos sacrificios, tantas víctimas, hasta alcanzar la realización de los ideales nuevamente concebidos.

El primer acto de la vida civil de Venezuela, la primera acción política de su ciudadanía, su primera palabra pronunciada como entidad autonómica, tuvo influencia trascendentalísima en todas las colonias sus hermanas, y encontró en ellas eco simpático. Aquel acto inaudito por osado, de un pueblo que despierta, fue el punto de partida de la independencia de medio continente, y en él se inspiraron las colonias cuando quisieron ser libres.

Así principió la influencia de Venezuela en la historia de la América meridional.

Comenzaba la titánica lucha, ninguna de las comarcas Americanas, aventuraba tanto, ni estaba tan próximamente amenazada de las iras de la madre patria, como Venezuela. Con efecto, era ella la más expuesta a la acción reivindicadora de España, ya por encontrarse al alcance, puede afirmarse, del brazo vengador, ora por haber osado tomar la iniciativa en la rebelión, así como por lo limitado de sus elementos de resistencia, por su pobreza y escasos habitantes.

La lucha debía de ser y fue, desde luego, cruda y sangrienta por demás, y los sacrificios consumados fueron terribles, porque fue allí donde España acudió con cuantiosos elementos de combate, donde hizo más esfuerzos y empleó mayor energía para resistir.

De la humilde colonia brotó, pues, la idea regeneradora que había de comunicar a todos los pueblos del continente el fuego sagrado del patriotismo y el amor a la libertad; y es allí mismo, en la poco apreciada Capitanía general de Venezuela, donde nace el ingenio en quien ha de encarnarse el pensamiento redentor: Bolívar.

Sólo un ser extraordinario, un hombre predestinado podía acometer y llevar a cabo empresa en la cual las dificultades parecían otros tantos imposibles, los peligros infinitos, la lucha misma tarea ilusoria por desigual, y el buen éxito, el triunfo, ensueño del amor patrio.

Había necesidad de crearlo todo: era indispensable improvisar, sacarlo todo del caos político del cual nacía una patria sin ciudadanos, donde se manifestaba la libertad sin altares, donde la independencia era por pocos comprendida, por muchos temida, y por las mayorías vista con la desconfianza que inspira siempre lo absolutamente desconocido.

Todas las colonias luchan con heroicidad a fin de conquistar su independencia; pero Venezuela combate para alcanzar la independencia de toda la América Meridional. ¡Sólo de esa manera es posible asegurar o concebir la libertad de la desestimada Colonia, que se atrevió a lanzar el reto, y que por su posición era la que debía resistir los primeros ataques del león ibero justamente iracundo; luchar contra las tropas más aguerridas, y lo que es más terrible, contra el fanatismo sectario, violento y obcecado; y luego, dominar también los postreros esfuerzos reivindicadores, de la Metrópoli...!

¡Y de la mente olímpica de Bolívar nació Colombia! Concepción grandiosa de un genio, y que por sí sola revela las previsiones del estadista, la inspiración del guerrero, el tacto del legislador y la sabiduría del filósofo, que sabe adelantarse a las épocas, para leer en los misterios del porvenir.

Colombia fue una necesidad; fue creación indispensable para conquistar la independencia de todas las Colonias, y tal vez ella habría bastado también, para asegurar a las nuevas Repúblicas, con la unión, la preponderancia internacional en el Continente. Tan magna idea, concebida en las tinieblas de los desastres, proclamada cuando ensordecía el estampido del cañón en los campos de batalla, y realizada entre los esplendores de las victorias, se desvaneció por los secretos mandatos del destino, dejando un vacío cuya profundidad aumentan los tiempos al pasar.

Sí, para cumplir la emancipación de la América Meridional, creó Bolívar a Colombia; y con él y con ella fueron las huestes patrióticas en marcha triunfal hasta las comarcas del Sur. En tan arriesgada empresa, la heroicidad hizo prodigios, el patriotismo efectuó milagros, y el genio en quien se había encarnado la idea libertadora, realizó sus ideales. Al regresar, dejaron en pos de sí colonias convertidas en naciones, súbditos en ciudadanos, sellado el triunfo de la América, aniquilado el poder español en el continente, y asegurada la independencia de las nacientes repúblicas. A todas ellas

había llegado la benéfica influencia de Venezuela, de Colombia y del Libertador. La postrera enumeración tal vez no sea lógica; pero la creo justa y apropiada.

Colombia, que esgrimió con éxito tan gloriosamente decisivo el arma libertadora, era sin duda, en la mente de Bolívar, considerada asimismo como el mejor escudo, como garantía de la obra realizada y como la base del poderío, prosperidad y fuerza del Mundo Americano, que nacía a la vida independiente.

Amparado de tal invulnerable broquel, pues Colombia no fue sólo un pensamiento sublime, sino un gran país, que llegó a llamar la atención del mundo por sus ventajas y cuantiosos elementos, y que debía convertirse en potencia poderosa no muy tarde; amparado de tal escudo, digo, pretendió Bolívar acometer la empresa de conquistar la independencia de Cuba y Puerto Rico, e ideó el Canal de Panamá y la unión o alianza latino-americana.

Mucho se ha dicho y más se ha escrito acerca de la alianza de los países de la América del Sur, como medio más adecuado para garantizar la integridad de su territorio en los primeros tiempos, el decoro internacional luego, y tal vez la soberanía siempre; empero, nadie ha ido más allá de las previsiones de Bolívar.

Juntamente con la de la emancipación, concibió, puede afirmarse, la idea de la alianza americana.

Para llevarla a término, contaba como fundamento, lo que tal vez sea lo único que pudiera hacerla práctica; con una nación opulenta en elementos, fuerte y poderosa, en el norte de la América Meridional, capaz de resistir las agresiones y de rechazar al enemigo común, ya que allí, y no en otro punto, tendría él que iniciar sus hostilidades, pues seguramente no había de enviar sus escuadras y ejércitos a los mares del sur, ni al Pacífico, teniendo, como se ha dicho, al alcance de la mano, en las costas del mar Caribe, donde poseen estaciones navales las grandes potencias, puertos, comarcas y ciudades, para hacer sus demostraciones armadas, desembarcar las tropas y comenzar sus ataques. Por manera que, la mayor parte de los conflictos internacionales de las naciones aliadas de la América Meridional, principiarían y tal vez terminarían en las comarcas del norte.

Sin Colombia no habría podido efectuarse la admirable campaña del sur, que hizo brillar a Junín y a Ayacucho como astros de primera magnitud en el cielo de la gloria americana; merced a la cual se ostentan independientes y libres las que fueron hasta entonces colonias; merced a la cual Venezuela, Bolívar y Colombia confundieron su historia con las de las nacientes repúblicas; merced a la cual, en fin, aunaron sus esfuerzos, mezclaron su sangre y emularon gloriosamente en heroicidad todos los americanos del Sur.

Sin Colombia, el edificio grandioso de la unión o alianza de las Repúblicas de la América Española, quedó privado de la única base fundamental que pudiera hacerlo realizable; y de ahí que la magna idea de Bolívar se haya convertido en ensueño, en patriótica quimera.

¡Cuántos conflictos, cuántas complicaciones humillantes, cuántas calamidades internacionales se habrían evitado con la unión ideada por el Libertador!

A la hija predilecta de Bolívar no tocaron en parte sino los sacrificios, las pruebas y los combates en la tarea libertadora... Después, cuando parecía llegar el momento de reposo, de la organización y de las sabias rectificaciones, sonó la hora de su muerte prematura; y sus funerales se unieron pudiera decirse, a los funerales del Libertador. Padre e hija desaparecieron para siempre; ¡y Colombia muerta sirvió de inmenso sepulcro a su creador inmortal!

Muy bien ha dicho uno de mis ilustres colegas: "Colombia no podía vivir sin Bolívar", pero yo agregaría: "ni el Libertador tampoco podía sobrevivir a la hija de su heroísmo y de su ingenio".

La acción de Bolívar a la cabeza de las huestes colombianas, fue de trascendencia continental, como lo evidencian los resultados y lo registra la historia de todas las Repúblicas Americanas: asimismo la disolución de Colombia tuvo fatal influencia en todo el continente.

La ingrata sorpresa que necesariamente debió causar aquel acontecimiento, fue y debió ser el gran desencanto de los americanos del Sur: la desaparición de la gran República, tenida por los pueblos como la obra magna de Bolívar, fue para ellos el primer desengaño, y ese inesperado acto les hizo mirar el abismo de la inestabilidad que se abría a sus pies; y tal vez presentir desde entonces las pruebas que el porvenir guardaba a las nacientes Repúblicas.

Los pueblos no raciocinan: sienten. —En la disolución de Colombia no contemplaron sino el desastre que echaba por tierra la primera y más preciada obra de los Libertadores, el fracaso, la ruina del edificio labrado con tanta sangre y lágrimas, con tanta heroicidad y hechos gloriosos por varones ilustres; no vieron, no pudieron mirar sino una calamidad que menguaba el prestigio de la idea redentora, y conmovía la base más firme de la unión de las nuevas repúblicas y tal vez de su integridad territorial.

Tan inesperado acontecimiento desvaneció la fe que confortaba a los pueblos en los días de prueba, y privaron entonces en ellos la vacilación y la duda; mermó la confianza que vigorizaba los esfuerzos de los Magistrados, precisamente cuando comenzaban la ardua tarea de la organización administrativa. El principio de autoridad sufrió rudo choque, el orden y la regularidad de la administración quedaron sin prestigio, y sembrada en hondo surco la semilla fatal de la desconfianza política. La Ley perdió, para los pueblos desengañados, parte de su majestad, y las instituciones aparecieron desposeídas del carácter permanente que debían revestir, sobre todo para aquellos países que se hallaban en la primera infancia de la vida independiente.

Cierto es que Colombia estaba muy lejos de constituir una obra perfecta, ni siquiera una creación excelente del todo, si se considera en sus pormenores políticos, legales y administrativos: es indudable que su estructura presentaba inconvenientes y peligrosas complicaciones; pero tales defectos podían y debían remediarse, efectuándose las modificaciones aconsejadas por la experiencia y exigidas por los intereses seccionales.

Tan graves inconvenientes no podían pasar inadvertidos para Bolívar, y es seguro que no muy tarde habría acometido la empresa de propender a la modificación de la Gran República, de manera que se conciliasen los intereses legítimos y se evitaran los conflictos a que pudieran dar margen los defectos de su creación predilecta, ya que en ella cifraba su confianza para garantizar el orden, la prosperidad y grandeza de la América latina.

Colombia debía modificarse; en esto convienen todos; pero es indudable que su disolución prematura, debía producir, como produjo, choque formidable, que detuvo el carro triunfal de la idea libertadora, que hasta entonces había marchado de victoria en victoria, de conquista en conquista.

Lo quiso el destino; y desapareció Colombia la grande, cuando el universo tenía fijadas en ella las miradas, cuando los estadistas y pensadores se daban a la tarea de calcular cuánto había de ser el poderío y las influencias internacionales, de un país que nacía a la vida soberana entre laureles y palmas, y cuyos heroicos hijos, habían derramado su sangre en todos los campos de batalla de medio continente, para conquistar la independencia de las Repúblicas americanas, labor a que contribuyeron de manera tan eficaz como gloriosa.

No lo permitió el destino; y con Colombia desaparecieron nuestras influencias en las Repúblicas hermanas.

No lo permitió el destino; y con Colombia se desvanecieron las esperanzas fundadas de la alianza hispano-americana, quedando expuestas las jóvenes Repúblicas a los abusos internacionales, de los que tardaron poco en ser víctimas en más de una ocasión.

Desapareció Colombia, la gran República, la nación fuerte, la de las luchas titánicas, la de las victorias gloriosas, la que combatió por todas sus hermanas, la que aseguró la independencia de medio continente; y las Secciones que la constituían tornáronse en otras tantas Repúblicas, pobladas de ciudadanos desencantados, sin fe en el porvenir, sin confianza en sus destinos; naciones ¡ah! que no muy tarde se habían de cambiar en campos de lucha fratricida, cuyo fin no contemplaron aquellas generaciones heroicas.

Tales naciones, nacidas cuando se efectuaban los funerales de Bolívar, junto con los de la hija predilecta de su ingenio, han tenido que luchar de manera incesante y terrible, contra la falta de fe y de confianza de sus pueblos desengañados... Y ved ahí, Señores, el inconveniente, la fatal calamidad, que desde entonces hace ineficaces, y a las veces inútiles, los patrióticos esfuerzos hechos por todos los ciudadanos a quienes ha tocado la tarea de dirigir los destinos de estos países, en sus distintos períodos administrativos. Tal vez sea ésta la peor de las consecuencias de la disolución de Colombia, pues si la fe es indispensable en el magistrado que dirige, lo mismo que en el pueblo que apoya y obedece, en naciones que acaban de conquistar la independencia, donde todo se iniciaba y aprendía, donde todo era nuevo y desconocido, donde no podía existir criterio experimentado, la falta de confianza, y la fe vacilante, tenían que oponer resistencia casi insuperable al orden, al progreso y a toda organización política y administrativa.

Pueblo que no cree, no posee ideales: pueblo que no tiene confianza en su destino y en sus directores, nunca será adecuado para establecer prácticas democráticas, realizar empresas difíciles, consumir gustoso sacrificios patrióticos, hacer imperar el orden y la libertad, el progreso y el respeto a las instituciones. Para ello es menester, es indispensable el concurso y contingente espontáneo de ciudadanos de convicciones; y éstas no existen cuando la fe flaquea y la confianza vacila.

Apenas si he logrado bosquejar a la ligera y rudamente tema de importancia notoria. Otros más autorizados lo tratarán mejor algún día; y entonces podrá juzgarse de su trascendencia histórica: para este mi discurso, un detenido estudio sería tarea indiscreta, pues que debe ser breve, si es que ha de poseer alguna buena condición que lo recomiende a la tolerancia del auditorio.

Señores Académicos, he terminado.